

# APOSTOLADO DE AMISTAD Y DE CONFIDENCIA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

---

## APOSTOLADO DE AMISTAD Y DE CONFIDENCIA

*Vuestro empeño apostólico se ha de manifestar en la preocupación concreta y positiva por santificar a las personas singulares, que estén cerca de vosotros, por motivos de trabajo, de relaciones sociales, o por cualquier otra razón. Que nadie, que se acerque a vosotros, pueda decir después que no se sintió empujado a tratar más a Jesucristo, a amar más a Dios*<sup>1</sup>. Hemos sido llamados al Opus Dei para que, identificados con Jesucristo, llevemos a todos los hombres el fuego de su amor santificante: *ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*<sup>2</sup>, he venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?

*Como fuego que hace arder el bosque, y como llama que enciende los montes*<sup>3</sup>: así ha de ser nuestro apostolado, fruto sobrenatural del afán de mies que el Señor, al llamarnos a su Obra, ha puesto en nuestro corazón. Como los primeros Doce, hemos sido instruidos por Jesucristo, y de El hemos aprendido a amar a todas las almas, acercándolas a Dios mediante una labor personal de amistad y de confianza: *vos autem dixi amicos, quia omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis* (Ioann. XV, 15); *os he llamado amigos, porque os he he-*

---

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948.

(2) *Luc.* XII, 49.

(3) *Ps.* LXXXII, 15.

cho saber cuantas cosas oí de mi Padre. Aquí tenéis, hijas e hijos de mi alma, unas palabras de Jesucristo Señor Nuestro, que nos señalan el camino que hemos de seguir en nuestra labor apostólica. Dios nos ha llamado para llevar su doctrina a todos los rincones del mundo, para abrir los caminos divinos de la tierra, para hacer que conozcan a Jesucristo tantas inteligencias que nada saben de El, y —al querernos en su Obra— también nos ha dado un modo apostólico de trabajar, que nos mueve a la comprensión, a la disculpa, a la caridad delicada con todas las almas <sup>4</sup>.

### *Los amigos de Jesús*

Jesús es nuestro modelo: en reproducir en nosotros su vida reside todo el secreto de la santidad y de la eficacia. Y ha sido El quien nos ha enseñado, con su ejemplo, a buscar amigos, muchos amigos, para hacerlos amigos suyos y salvarlos: *bastarán algunas escenas del Evangelio, entre tantas otras, para que comprendáis todavía mejor la hondura divina de nuestro apostolado de amistad y de confianza* <sup>5</sup>.

Estaba un día Juan al Bautista cerca del Jordán con dos de sus discípulos. Y viendo a Jesús que pasaba, dijo: *he aquí el Cordero de Dios* <sup>6</sup>. Delicadamente, el Bautista indica a sus amigos —Juan y Andrés— la presencia del Maestro. Y los dos discípulos, al oírle hablar así, *se fueron en pos de Jesús (...) y se quedaron con él aquel día* <sup>7</sup>. Se hicieron amigos del Señor y comenzaron a hacer un fecundo apostolado entre sus amigos: Andrés llevará a Pedro, su hermano <sup>8</sup>; Felipe —llamado después por Jesús— encontrará un poco más tarde a su amigo Nata-

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

(5) *Ibid.*

(6) *Joann.* I, 35-36.

(7) *Joann.* I, 37-39.

(8) Cfr. *Joann.* I, 41-42.

nael<sup>9</sup>; y Juan —el discípulo amado— seguramente llevaría a su hermano Santiago ante el Señor.

En otra ocasión es Nicodemo el que se acerca a Jesús, de noche, en confidencia: *Maestro —dice aquel hombre, varón principal entre los judíos— sabemos que has venido de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si no tiene a Dios consigo (Ioann. III, 2). Jesús le responde, hijos míos, con una frase que aparentemente no tiene nada que ver con lo que dijo Nicodemo, pero que atrae su atención y le capta; provoca el diálogo de su interlocutor: pues en verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios (Ioann. III, 3). Así empezó la conversación, que ya sabéis; conocéis igualmente el resultado: a la hora del fracaso de la cruz, allí estará Nicodemo, para pedir valientemente a Pilatos el Cuerpo del Señor.*

*Pero ¿y la Samaritana? ¿Acaso Jesucristo no hace igual, comenzando a hablar con ella, tomando la iniciativa, a pesar de que non enim contuntur Iudaei Samaritanis (Ioann. IV, 9), a pesar de que no había trato entre judíos y samaritanos? Jesús habla de lo que sabe que interesa a aquella mujer, del agua que todos los días ha de ir a buscar fatigosamente al pozo de Jacob, del agua viva, tan portentosa que qui autem biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum (Ioann. IV, 13), que el que la bebiera nunca jamás tendría sed. Los frutos del diálogo de Cristo aparecen también en el Evangelio: la conversión de aquella pecadora, la transformación de su alma, que se hace alma apostólica<sup>10</sup>.*

La vida entera de Jesucristo está llena de ejemplos de amistad sincera, cauce maravilloso de apostolado. Jesús era amigo de sus discípulos, amigo de verdad, y ellos lo sabían. Por eso acudían a El confiados cuando no entendían algo: *edissere nobis parabolam*<sup>11</sup>, explícanos la parábola, le dirán en cierta ocasión. Y Jesús, en un aparte de la muchedumbre, les desvela los misterios del Reino de los cielos. Otras veces, en conversaciones íntimas, les hace partícipes de sus alegrías y de sus preocupacio-

(9) Cfr. Ioann. I, 45 ss.

(10) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933.

(11) Matth. XIII, 36.



nes; los alienta, les abre horizontes. Y cuida de los Doce con solicitud de amigo, también de su descanso físico: *venid a retiraros conmigo a un lugar solitario* —les dirá en otro momento—, *y reposaréis un poquito. Porque eran tantos los que iban y venían, que ni aun tiempo de comer les dejaban* <sup>12</sup>.

Con amistad leal, con una labor lenta de confianza, Jesús fue formando a sus apóstoles. *Quien no vea la eficacia apostólica y sobrenatural de la amistad, se ha olvidado de Jesucristo: ya no os llamo siervos, sino amigos* (Ioann. XV, 15). *Y de la amistad con sus apóstoles, con sus discípulos, con la familia de Betania: con Marta, María y Lázaro. Y aquellas escenas que nos cuenta San Juan, antes de la resurrección de Lázaro, aquel et lacrimatus est Iesus. Las palabras llenas de confianza de las dos hermanas cuando quieren comunicar a Jesucristo la enfermedad de Lázaro, y le envían este mensaje: Señor, mira que aquél a quien amas está enfermo* (Ioann. XI, 3) <sup>13</sup>.

En todas las circunstancias de su vida —entre la muchedumbre o en la soledad de un monte; en las orillas de un lago o por los campos de Palestina—, Jesucristo nos ha mostrado cómo debe ser nuestro apostolado personal. *Aún otro ejemplo más: aquel que el Señor nos da desde la Cruz, como para enseñarnos que el afán de almas, que nos mueve a tratar, a conversar, a dialogar con los hombres, ha de ponerse de manifiesto hasta en la muerte. Es la charla emocionante, conmovedora, que Cristo mantiene en lo alto del Gólgota con los dos ladrones que están crucificados con El.*

*Esta vez no ha sido Jesús quien ha empezado la conversación, pero su presencia en el patíbulo y sus sufrimientos son más elocuentes que cualquier palabra. Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros* (Luc. XXIII, 39), *dijo blasfemando el mal ladrón. Y el bueno: ¡cómo!, ¿ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros estamos justamente en el patíbulo, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos;*

(12) Marc. VI, 31.

(13) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932.

pero éste ningún mal ha hecho. Y dijo después a Jesús: *Domine, memento mei*; Señor, acuérdate de mí, cuando hayas llegado a tu reino (Luc. XXIII, 40-42). *Hijos míos, la breve respuesta de Jesús, que interviene en la conversación entre los dos malhechores, fue la salvación para el que estaba arrepentido: en verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Luc. XXIII, 43) <sup>14</sup>.

*Como los primeros cristianos*

Bien aprendieron los Apóstoles y los discípulos de la primitiva Iglesia la lección del Maestro. Un día, guiado por el Espíritu Santo, el diácono Felipe salió a caminar por la vía que va de Jerusalén a Gaza. Allí encontró a un alto personaje *que había venido a Jerusalén a adorar a Dios y a la sazón se volvía, sentado en su carruaje y leyendo al profeta Isaías* <sup>15</sup>. Felipe se acercó y entabló conversación con aquel desconocido; provocó su confianza: *¿te parece a ti que entiendes lo que vas leyendo? ¿Cómo lo he de entender, respondió él, si alguno no me lo explica? Rogó, pues, a Felipe que subiese y tomase asiento a su lado (...). Entonces Felipe, tomando la palabra y comenzando por este texto de la Escritura, le evangelizó a Jesús* <sup>16</sup>.

También en Efeso, tierra de gentiles, el apostolado de los primeros cristianos era un apostolado de amistad y de confianza. En Efeso vivían Aquila y Priscila, esposos ejemplares y amigos de San Pablo. Un día oyeron hablar a Apolo, hombre elocuente que *predicaba con fervoroso espíritu y enseñaba exactamente todo lo perteneciente a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan* <sup>17</sup>. No pudiendo contener su celo apostólico al escuchar las palabras de Apolo, *Aquila y Priscila le llevaron consigo y le instruyeron más a fondo en la doctrina del Señor* <sup>18</sup>.

Siempre actuaron así los primeros cristianos, siguiendo el ejemplo

(14) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933.

(15) Act. VIII, 27-28.

(16) Act. VIII, 30-35.

(17) Act. XVIII, 25.

(18) Act. XVIII, 26.

### *Apostolado de amistad y de confianza*

vivo de Jesucristo. *Con un apostolado personal semejante al nuestro, fueron haciendo prosélitos y, durante su cautividad, ya enviaba Pablo a las iglesias los saludos de los cristianos que vivían en la casa del César (cfr. Philip. IV, 22). ¿No os conmueve aquella carta encantadora que dirige el Apóstol a Filemón, que es un testimonio vivo de cómo el fermento de Cristo —sin pretenderlo directamente— había dado un nuevo sentido, por el influjo de la caridad, a las estructuras de la sociedad heril? (cfr. Phile. 8-12). Somos de ayer y llenamos ya el orbe y todas vuestras cosas: las ciudades, las islas, las aldeas, los municipios, los concejos, los mismos campamentos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro: sólo os hemos dejado vuestros templos, escribía —poco después de un siglo— Tertuliano (Tertuliano, Apol. 37) <sup>19</sup>.*

Y ahora la Iglesia, vuelve a recordar a todos los fieles que *como lo propio del estado secular es vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, Dios llama a los laicos a que, con el fervor del espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a la manera de fermento* <sup>20</sup>; y exhorta a todos, especialmente a los jóvenes, a que sean *los primeros apóstoles de los jóvenes, ejerciendo el apostolado personal entre sus propios compañeros, teniendo en cuenta el ambiente social en que viven* <sup>21</sup>.

### *Razón de la amistad*

La amistad, nos lo ha enseñado Jesucristo, es el mejor cauce para el apostolado: la misma naturaleza de la amistad exige, para un cristiano, esta labor sobrenatural. Amar es querer el bien para alguien, *pero no todo amor tiene razón de amistad, sino el amor que entraña benevolencia,*

(19) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1959.

(20) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

(21) *Ibid.*, n. 12.



es decir, cuando de tal manera amamos a alguien que queremos para él el bien<sup>22</sup>. Sin embargo no basta el amor benévolo para constituir la amistad. *Es preciso también que el amor sea mutuo, pues el amigo es amigo para el amigo*<sup>23</sup>: por verdadero que sea un amor, no hay amistad si no es correspondido. La amistad necesita, además, que esté fundada sobre un bien que se comparte o se comunica. Por eso, *cuando uno quiere a alguien con amor de amistad, quiere el bien para quien ama como lo quiere para sí mismo; y de ahí el sentir el amigo como otro yo, por lo que dice San Agustín*<sup>24</sup>: «Bien dijo de su amigo el que le llamó la mitad de su alma»<sup>25</sup>.

Fruto de la amistad —y causa al mismo tiempo de ella— es la comunicación de sentimientos, el compartir las penas y alegrías de quienes tenemos a diario junto a nosotros por motivos de trabajo, de aficiones, de carácter. *Donde principalmente se realiza esa comunicación es en la convivencia. De aquí que el convivir sea propio de la amistad*<sup>26</sup>. Sin convivencia —que es *vivir con* los demás, hacer propias sus preocupaciones y anhelos—, no podrá existir verdadera amistad. El amigo convive con el amigo, le busca, y precisamente porque lo quiere mejor, le quiere tal como es, con sus defectos: sabe cubrir sus flaquezas con el manto de la comprensión, y a la vez darle ejemplo y ayudarle. La amistad exige, en definitiva, dar al amigo lo mejor de uno mismo.

Con la Encarnación del Verbo, todas las realidades humanas, nobles en sí mismas, han sido sobrenaturalizadas, dotadas de un valor y de un alcance insospechados. La profesión, la familia, los negocios, las relaciones sociales: todas las actividades honestas de los hombres se han hecho cauce —*un mar sin orillas*<sup>27</sup>— para el celo apostólico de los cristianos. La amistad humana es ahora amistad cristiana, y en ella debe el cristiano comunicar a sus amigos el bien más grande —la luz y el fuego de Dios— que lleva en el corazón: *los laicos, congregados en el Pueblo de Dios y constituidos en un solo Cuerpo de Cristo bajo una sola*

(22) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 23, a. 1.

(23) *Ibid.*

(24) San Agustín, *Confesiones* 4, 6.

(25) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 28, a. 1.

(26) Santo Tomás, *In ethica Arist. ad Nicom. expositio* 9, 14.

(27) De nuestro Padre.

*Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados —por ser miembros vivos— a procurar el crecimiento de la Iglesia y su perenne santificación con todas sus fuerzas* <sup>28</sup>.

*Esta obligación incumbe a todos los cristianos: y, por un título especialísimo —la llamada que hemos recibido—, es onus et honor, carga y honor para los hijos de Dios en su Obra. El Señor pide de nosotros que le llevemos, con nuestra conducta ejemplar y con un apostolado constante de dar doctrina, a todos los hombres que se crucen en nuestro camino* <sup>29</sup>. Por eso, si alguna vez no sintiéramos la comezón íntima de llevar la luz de Dios a nuestros amigos, sería indicio de una amistad falsa, desnaturalizada y egoísta, porque —dice San Agustín— *no hay amistad verdadera sino entre aquéllos a quienes Tú, Señor, aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo* <sup>30</sup>.

Pero no podemos conformarnos con acercar a Dios los amigos que teníamos al llegar a la Obra, o a quienes accidentalmente llegan a serlo después. Nuestro celo apostólico va más allá. *Como mi Padre me envió, así os envió también a vosotros* <sup>31</sup>: Jesús quiere que nos identifiquemos con El, que podamos decir como San Pablo: *vivo autem, iam non ego; vivit vero in me Christus* <sup>32</sup>; vivo yo, más no soy yo el que vivo; es Cristo quien vive en mí. Es Cristo quien *quiere servirse de nosotros —de nuestro trato con los hombres, de esta capacidad nuestra, que nos ha dado El, de querer y de hacernos querer—, para seguir haciéndose El amigos en la tierra; como se sirvió de Juan el Bautista para encontrar al otro Juan, el que iba a ser el amigo predilecto* <sup>33</sup>. Jesucristo quiere que tengamos muchos amigos, que los busquemos. Si no los tuviéramos, no cumpliríamos el deseo ardiente de Jesús; y si no los llevásemos a Dios —aunque mucho nos moviéramos en otras actividades apostólicas—, habríamos usurpado el lugar de Cristo en esa amis-

(28) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 33.

(29) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

(30) San Agustín, *Confessiones* 4, 4, 7.

(31) *Joann.* XX, 21.

(32) *Galat.* II, 20.

(33) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.



tad: ¡qué pena, si al final hubieras hecho “tu” apostolado y no “su” apostolado! <sup>34</sup>.

### Hacerse amigos

Hemos de fomentar la amistad. Y para eso se requiere la convivencia, pero las personas *no pueden convivir si no tienen los mismos gustos y no gozan y se entristecen con las mismas cosas* <sup>35</sup>. Lograremos esa comunidad de corazones si tenemos un interés auténtico por los problemas y las inquietudes que afectan a nuestro ambiente concreto, si trabajamos codo a codo con nuestros compañeros, si compartimos actividades, gustos y aficiones. Hemos de dedicarles tiempo, estar con ellos: es el cauce imprescindible para que se establezca esa corriente de cariño que hace más honda y verdadera la amistad; y saber pasar por alto pequeños detalles molestos —propios de toda convivencia— que pudieran enturbiarla. *Vuestra conducta con los demás tendrá así unas características que nacen de la caridad: delicadeza en el trato, buena educación, amor a la libertad ajena, cordialidad, simpatía. ¡Lo dice tan claro el Apóstol! Estando libre de todos, de todos me he hecho siervo, para ganar más almas... Híceme flaco con los flacos, para ganar a los flacos; hiceme todo para todos, por salvarlos a todos (I Cor. IX, 19-22) (...). De esa convivencia* —ha escrito nuestro Padre— *tomáis ocasión para acercar las almas a Cristo Jesús, y es lógico que no la rehuyáis. Más aún, es preciso que la busquéis, que la fomentéis, porque sois apóstoles, con un apostolado de amistad y de confianza, y no podéis encerraros en ningún muro que os aisle de vuestros compañeros* <sup>36</sup>.

En otro momento añadía: *obraréis así, hijas e hijos míos, no*

(34) Camino, n. 967.

(35) Santo Tomás, *In ethica Arist. ad Nicom. expositio* 9, 3.

(36) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

*ciertamente para instrumentalizar la amistad como táctica de penetración social: eso haría perder a la amistad el valor intrínseco que tiene; sino como una exigencia —la primera, la más inmediata— de la fraternidad humana, que los cristianos tenemos obligación de fomentar entre los hombres, por diversos que sean unos de otros. Y al mismo tiempo, por amor a Dios: porque la amistad facilita la confianza; y hace así posible el apostolado de la doctrina, el acercamiento al Señor de esas almas, de esos amigos cuyo bien deseamos* <sup>37</sup>.

Nuestra amistad es noble, sincera: queremos dar a nuestros amigos el bien más grande: queremos darles a Dios mismo. Por eso somos amigos siempre, en cualquier circunstancia, y hemos de procurar que sea siempre así. *Todo amigo dice: "soy tu amigo"; pero hay muchos que no lo son más que de nombre* <sup>38</sup>; cuando vienen las dificultades, les abandonan. En cambio, *el amigo verdadero no puede tener, para su amigo, dos caras: la amistad, si ha de ser leal y sincera —vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis (Iacob. I, 8); el hombre falso, de ánimo doble, es inconstante en todo—, exige renunciás, rectitud, intercambio de favores, de servicios nobles y lícitos* <sup>39</sup>. La Sagrada Escritura nos enseña cómo es esta amistad leal, apostólica, cuando narra la historia de Tobías, un hombre necesitado de un amigo fiel que le guiara a remotos países para cobrar una antigua deuda de familia. Cuando se disponía a partir, le dijo su padre: *"busca quien te acompañe, que yo le daré su recompensa y ponte en camino para cobrar el dinero antes de que yo muera"*. Se fue, pues, en busca de uno, y se encontró con Rafael, que era un ángel <sup>40</sup>: el amigo leal destinado por Dios para protegerle en el camino y ayudarle a llevar a feliz término su misión.

Cuando la amistad es verdadera, la confianza surge espontánea, franca. ¡Es tan lógico abrir el alma a quien nos quiere bien y nos comprende! Nosotros queremos a nuestros amigos y nos sentimos solidarios

(37) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940.

(38) *Eccli.* XXXVII, 1.

(39) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940.

(40) *Tob.* V, 3-5.



con ellos; queremos participar en sus más íntimos afanes, en sus problemas, en sus ilusiones: nada de su vida nos es ajeno. Y a su confianza sincera nos abrimos también nosotros en confianza, y les hablamos de nuestra vida, de nuestro amor a Jesucristo. La amistad, entonces, se ha hecho más pura: se ha hecho apostolado. *Esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo... Todo eso es "apostolado de la confianza"* <sup>41</sup>.

Nada hay que pueda deshacer una amistad fundada en Jesucristo. Si alguna vez se deshiciera, *es que esa amistad no dio con la raíz sobrenatural. De ser así, nada terreno, nada material hubiera podido destruir lo espiritual. El amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Nada, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte ni cosa semejante será capaz de arrancarlo del alma. El que así ama, aun cuando tenga que sufrir cuanto se quiera, no dejará nunca de amar si mira al motivo por el que ama. El que ama por ser amado, terminará con su amor apenas sufra algo desagradable; mas el que se liga con la caridad de Cristo jamás se apartará de esa caridad* <sup>42</sup>. No podemos perder ni siquiera un amigo, porque ¿cómo podríamos después acercarle a Jesucristo? No queremos que nadie se aparte de nuestro lado. *Más aún, vamos positivamente a hacernos amigos, a ganarnos amigos para hacerlos amigos de Jesucristo (...). Vamos a hacernos amigos entre todos nuestros compañeros de trabajo, entre todos los que viven en nuestro ambiente, aunque estén lejos de Dios* <sup>43</sup>. Todos nos necesitan y, de modo especial, los que habiéndose acercado al calor de la Obra, se han apartado luego por cualquier motivo: con ellos hemos de extremar nuestro cariño y nuestra comprensión haciéndoles notar que nuestra amistad, fundada en Jesucristo, no se ha apagado: *es propio del amigo hacer bien a los amigos, principalmente a aquéllos que se encuentran más necesitados* <sup>44</sup>. ¿Y quién más necesitado que el que se ha aleja-

(41) Camino, n. 973.

(42) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 60, 3.

(43) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932.

(44) Santo Tomás, *In ethica Arist. ad Nicom. expositio* 9, 13.



do del amor de Dios? Además, decía nuestro Padre, *por muy alejado que esté un hombre del Señor, por mucho que manifieste su enemistad, hemos de pensar con San Agustín que no debemos desesperar de su conversión, porque aun entre los que son abiertamente adversarios se ocultan amigos predestinados, aunque ni ellos lo sepan* (San Agustín, *De civ. Dei*, L. I, c. 35) <sup>45</sup>.

### *Hacerlos amigos de Cristo*

Para que el apostolado de amistad y de confianza dé frutos abundantes, debemos cultivar la amistad personal con Jesucristo, fuente de toda eficacia. *Viviendo esa amistad con Dios —la primera que hemos de cultivar y acrecentar— sabréis lograr muchos y verdaderos amigos* <sup>46</sup>. Tratando al Señor en la oración, mirando su vida, aprendemos a tratar sobrenaturalmente a nuestros amigos y a dar su pleno sentido a la amistad. Les mostraremos nuestra vida de enamorados y les animaremos a seguir de cerca a Jesucristo: *sacudiréis su modorra, abriréis horizontes amplios a su existencia egoísta y aburguesada, les complicaréis la vida, haciendo que se olviden de sí mismos y comprendan los problemas de quienes les rodean. Y estad seguros de que, al complicarles la vida, les llevaréis —tenéis experiencia— al gaudium cum pace, a la alegría y a la paz* <sup>47</sup>. Si somos de verdad apóstoles, con nuestra vibración haremos vibrar y arrastraremos a nuestros amigos a una vida mejor: *te falta “vibración”*. —*Esa es la causa de que arrastres a tan pocos*. —*Parece como si no estuvieras muy persuadido de lo que ganas al dejar por Cristo esas cosas de la tierra. Compara: ¡el ciento por uno y la vida eterna! —¿Te parece pequeño el “negocio”?* <sup>48</sup>.

(45) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

(46) *Ibid.*

(47) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959.

(48) *Camino*, n. 791.

La labor personal de apostolado no acaba aquí. Después de encender a las almas, hay que ayudarles a concretar: plan de vida, normas de piedad. Con picardía santa, respetando siempre su libertad, hemos de empujarles poco a poco, sin prisa y sin pausa, con constancia. *No olvidemos que, a veces, hay que ayudar a las almas, para que caminen poco a poco; hemos de animarles con paciencia a avanzar lentamente, de modo que apenas se puedan dar cuenta del movimiento, aunque caminen* <sup>49</sup>. Podremos emplear medios que ayuden a arraigar su vida interior: hacer juntos un rato de oración, unos minutos de lectura, una romería; invitarles a las catequesis y a las visitas a los pobres de la Virgen... Y algo muy importante: saber hablar a cada uno en su idioma, con *don de lenguas*. También en esto hemos de aprender de Jesucristo: *unas veces les habla desde la barca, mientras están sentados en la orilla; otras, en el monte, para que toda la muchedumbre oiga bien; otras veces, entre el ruido de un banquete, en la quietud del hogar, caminando entre los sembrados, sentado bajo los olivos. Se dirige a cada uno, según lo que cada uno puede entender: y pone ejemplos de redes y de peces, para la gente marinera; de semillas y de viñas, para los que trabajan la tierra; al ama de casa, le hablará de la dracma perdida; a la samaritana, tomando ocasión del agua que la mujer va a buscar al pozo de Jacob* <sup>50</sup>.

De este modo, nuestros amigos se hacen amigos de Jesucristo. Es el momento de que se incorporen plenamente a la labor de San Rafael o de San Gabriel, de que tengan dirección espiritual con el sacerdote y de que comiencen a asistir a clases de formación: nuestro celo apostólico se manifiesta de ordinario poniendo a los amigos en contacto con los apostolados de la Obra, haciéndoles participar de sus medios de formación. *Al ejercitar esa labor apostólica individual —ha escrito nuestro Padre—, procuráis acercar —a las personas que tratáis— a los medios colectivos de formación espiritual y doctrinal que la Obra organiza —retiros espirituales, conferencias, círculos, etc.— y a la dirección espiritual con nuestros sacerdotes: porque esos medios*

(49) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931.

(50) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

*son eficacísimos —necesarios— para completar la atención de esas almas, que cada uno de vosotros cuidáis, sirviéndoos de vuestra vida profesional, del lugar que ocupáis en el mundo, de vuestra situación familiar; sirviéndoos de todo, porque todo es medio de apostolado* <sup>51</sup>.

\* \* \* \* \*

El Señor quiere que tengamos muchos amigos, que les hablemos de Dios, que los acerquemos a la Obra. ¡Cuántas personas alrededor nuestro están esperando esa luz que les haga conocer y amar a Jesucristo! Gente que —aunque esté en medio de la muchedumbre— se encuentra muchas veces sola, y ¡ay del que está solo —dice la Escritura—, *que si cae no tiene quien le levante!* <sup>52</sup>.

*Bien puede decirse, hijos de mi alma, que el fruto mayor de la labor del Opus Dei es el que obtienen sus miembros personalmente, con el apostolado del ejemplo y de la amistad leal con sus compañeros de profesión: en la universidad o en la fábrica, en la oficina, en la mina o en el campo. Es un trabajo de irradiación, de ejemplo y de doctrina, constante, humilde, silencioso, pero eficacísimo, cuyos frutos difícilmente pueden reflejar las estadísticas* <sup>53</sup>.

---

(51) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959.

(52) *Eccles.* IV, 10.

(53) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)